

Hermana Menor

Gabo Esse



Capítulo 1

-Deberías escuchar lo que tengo para decirte- le dije intentando que sus tremendos ojos rojos se fijaran en los míos y dejarán de divagar erráticos por el entorno.

Me respondió con un gruñido, mientras sus dedos se extendían en apéndices sólidos, afilados, letales.

-Se que como padre no he sido lo que podríamos llamar un ejemplo...- comencé a decir, pero me interrumpió.

-No lo has sido en modo alguno- su voz era melódica, hermosa pero no transmitía en nada lo que pasaba por su interior- No es reclamo. Nunca necesité un padre. Ahora debes morir.

Retuve una carcajada. Aún no se percataba de donde estaba y que pasaba.

-Lo intentarás. Eso está bien. Pero antes deberías entender algunas cosas, querida- le dije sin muchas esperanzas de ser escuchado.

-Las palabras son para idiotas- dijo en un susurro – Son engaño y mentira y confusión.

En cierto sentido estaba parafraseando lo que yo había dicho alguna vez, en otro lugar, en otro momento, solo que ella no estaba aún. Nada estaba.

-En eso coincidimos- me recliné hacia atrás pasando un brazo por el respaldo de la incómoda silla- Prefiero los pensamientos a las palabras, aunque contigo, digamos que es más complejo que las palabras.

En efecto, su mente era un constante caos, un revulsivo de emociones en constante cambio, un remolino donde sucumbía todo intento de orden.

Ella rio, y su faz se volvió tan hermosa como podía ser posible, pero sus dedos seguían convertidos en cuchillas.

Aun no entendía porqué había escogido aquel lugar para reunirnos

-Tus hermanos- continúe diciendo – han tomado decisiones drásticas con

respecto a qué hacer contigo.

-Y tu, estas preocupado, supongo- lanzó una carcajada plagada de colmillos blanquísimos. Su transformación estaba casi completa, y así y todo la belleza no la abandonaba.

Detrás de ella, había un enorme letrero que anunciaba ofertas. Ahora me daba cuenta que había cierta metáfora involuntaria del engaño, la mentira y la confusión en aquel lugar. Las fotos ilustrativas de hamburguesas, patatas fritas, gaseosas y demás productos sin dudas, no reflejaban en nada la realidad. De hecho, en una letra más pequeña, casi imperceptible ponía "La ilustración es solo a fines publicitarios y podría no reflejar fielmente la realidad".

"Combo especial de la casa", encabezaba la foto de una hamburguesa doble, multicolor, prometedora, tentadora.

Especial era una palabra curiosa. No especificaba nada en absoluto y sin embargo tenía poder.

-No te confundas. Eres especial para mí. Lo sabes, pero no intervendré- le dije mientras buscaba el fuego de sus ojos.

-¿Especial dices?. Menudo modo tienes de demostrarlo-

-¿No te has dado cuenta aun?- le dije.

-¿De qué?-

-Estamos solo en un local de comida rápida, en hora pico y en una ciudad de más de 10 millones de habitantes. ¿No te resulta extraño que no haya nadie; ni siquiera los dependientes?-

-Creí que era un arreglo tuyo-

-Pues no-

Algo brillo en sus ojos. Una alerta en silencio.

Su ceño se frunció en sutiles arrugas.

-¿Qué engaño estás tramando?-

-Ninguno. Nunca te he engañado-

-Pues nunca tuviste la oportunidad. Esta es la primera vez que te has

dignado a verme a pesar de mis llamados-

Me levanté y me encamine hacia un enorme ventanal que separa el local del exterior, dando voluntariamente la espalda a sabiendas que había captado su atención y no intentaría nada. Afuera no había nada más que edificios, semáforos, luminarias comerciales, parpadeando en la eterna noche recién caída.

Ella sabría. Se daría cuenta de a poco o no tanto. Tal vez se diera cuenta cuando yo me fuera. O nunca.

-Querida- mis ojos miraron el piso ajedrezado- Me gustaria que entiendas que todo esto fue necesario. Que cuando te creé, todo lo que pasó, todo este tiempo y sus consecuencias, estaba contenido en este posible resultado. Fuiste un intento de subsanar mis errores y eso fue egoísta de mi parte, lo sé - hice una pausa - Por eso necesitas saber muchas cosas.

Me di la vuelta y busqué sus ojos. Algo vibraba en ellos. Una especie de odio confuso, una impotencia expectante. Podía sentir sus pensamientos buscando explicaciones. El silencio separaba cada vez más las cosas de forma ominosa e imagine que la estatura del tiempo estaba marcada por ese silencio.

-Necesito tu perdón- menti.

Capítulo 2

Franco de Altiya

“... en cuanto a los sentidos,
debo decir que de todos
la vista es la que mayor ocasion
provee al engaño.”

Theodore Willson - “Epístolas Anatómicas”

En lo más profundo del bosque, casi en su centro mismo, se encontraban los tres tejos.

Estaban rodeados de coníferas variadas y constituían el lugar más umbrío y exuberante de la foresta, pero así y todo, las tumbas y las sillas de piedra, denunciaban de manera solapada la presencia de lo humano.

La llovizna era solo un detalle en la escena y su caer cansino, parsimonioso, amenazaba con acrecentar su caudal desde un cielo negro, ominoso y apenas visible entre la fronda. Densos nubarrones provenientes del sur y del este confluían en poco tiempo sobre el hombre que se encontraba oculto. Sin embargo, en el horizonte lejano, el cielo se mostraba de un celeste desvaído y despejado.

Había escogido para el acecho, un montón de ramas caídas y rodeadas de helechos sobre un gran tronco podrido y una enorme piedra blanca que sobresalía del suelo del bosque como el hueso de un gigante.

En un principio había considerado aquel lugar como el mejor para sus propósitos por varias razones. Estaba a unos diez metros de los tejos y cuando amaneciera tendría buena visión, no había obstáculos entre su escondite y su objetivo, lo que le posibilitaría una llegada rápida y sigilosa; estaba a relativo resguardo de las inclemencias del tiempo y por sobre todas las cosas, su olor corporal se confundiría con el del entorno.

Ahora no estaba tan seguro de su elección.

Se encontraba acucillado y sus rodillas ya empezaban a sentir las exigencias de esa posición. Para colmo, aquel tronco podrido estaba lleno de algunos insectos que no podía ver pero que le picaban de forma insistente. Serían hormigas o termitas, no sabía, pero subían por sus botas y se adentraban en sus pantalones de lana, mientras las aplastaba por sobre estos, intentando hacer el menor ruido posible.

Aquello lo estaba volviendo loco.

No había viento y nada afectaba la trayectoria de las gotas en su recorrido desde los cielos hasta la tierra, mojándolo todo y levantando ese aroma tan peculiar a tierra mojada, hojas en descomposición y olor a pino.

El bosque respiraba en la oscuridad, mansa y continuamente, dejando que su aliento sofocara la atmósfera con los efluvios de su interior.

El hombre miró en su derredor intranquilo.

Se le antojó que aquel lugar era siniestro, pero no era más que un claro en medio del bosque, unas tumbas de algún antiquísimo cementerio y esas inexplicables sillas de piedra.

Razonó para sí desde sus creencias que no era el lugar, sino la naturaleza de lo que allí moraba, que le daba la cualidad de "siniestro".

Estaba calado hasta los huesos y el frío se adentraba en sus entrañas produciéndole retortijones y espasmos; sus manos temblaban y su diestra aferraba la empuñadura de su espada como si la vida le fuera en ello, pero sabía que si era descubierto, aquel simple trozo de metal no haría la diferencia entre su vida y su muerte.

Pronto amanecería y la hora se acercaba.

La resolución del hombre flaqueó por enésima vez y por enésima vez recuperó su ahínco.

Sobre un horizonte de troncos, ramas y hojas, el lejano rosicler produjo un modesto destello de colores en el bosque resplandeciente de humedad

y el hombre se preparó en su improvisado refugio.

Tocó con su siniestra la faltriquera embetunada donde estaban los polvos que había confeccionado con tanto trabajo y empeño, y su diestra apretó una vez más la empuñadura de su espada.

Se hizo entonces en el bosque, un silencio sobrenatural, un acuerdo tácito entre todas las cosas del universo de sosegar cualquier sonido que delatara sus presencias, un voluntario contener de respiración del tiempo y el espacio para revelar un evento único.

Las tumbas blancas y cubiertas de musgo y helechos parecieron cobrar vida cuando el tacto del primer rayo matinal les rozó, los tejos parecieron a los ojos del hombre oculto, los rostros de tres enormes y antiguos enanos enterrados hasta el cuello y entonces, allí, detrás de los centenarios árboles, apareció de la nada, la escalera imposible.

Eran solo cinco peldaños de piedra blanca invadidos por la hierba y la maleza, quebrada y sumergida en la espesura de helechos.

Su existencia desafiaba la esencia de su fin: aquella escalera no llevaba a ningún lado, no formaba parte de ninguna otra estructura, solo era una secuencia de escalones que concluía contra el fondo verde oscuro del bosque.

Luego sintió una extraña vibración en el aire, un contraerse y expandirse del entorno y entonces vio a aquella mujer blanquinosa y desnuda aparecer de la nada y caminar hacia la escalera.

A pesar de haber aguardado ese momento durante toda la noche, su aparición, sorprendió al hombre que a punto estuvo de dejar escapar un grito.

Su corazón se aceleró y sus músculos se tensaron prestos.

Solo fueron segundos.

La mujer había aparecido a solo unos metros de los tejos y comenzó a caminar con paso tranquilo hacia las escaleras, pero al llegar al primer escalón detuvo su lenta marcha y casi imperceptiblemente giró su cabeza solo unos grados en la dirección en donde el hombre estaba oculto.

El silencio se hizo de manera inmediata y sobrenatural y fue tan profundo que el hombre temía que los latidos acelerados de su corazón delataran su presencia.

Desde donde estaba podía ver la piel blanca de la mujer que comenzaba a ser mojada por la llovizna y como, con un grácil movimiento de su mano,

recogía su abundante pelo rojo despejando su oído.

Se quedó así un segundo y luego, repentinamente subió las escaleras de dos zancadas.

Ya en el último escalón, miró a su alrededor como quien verifica que todo está bien. Desde su escondrijo el hombre pudo atisbar la verdadera dimensión de la belleza de sus rasgos.

Luego de manera alucinada, la mujer desapareció en la cúspide de la escalera petrea, dejando una estela roja, allí donde había estado su cabello.

Era el momento.

Sabía que contaba con unos escasos segundos.

Debía correr hasta donde la mujer había desaparecido, en la cima de la escalera y antes de que esta desapareciera, realizar el rito y todo habría concluido para ella, para él, para su venganza.

Aprestó sus músculos agarrotados por la espera, su corazón latía de manera desacostumbrada y su sangre fluía por todo su cuerpo impaciente.

Un repentino viento, frío y potente, comenzó a soplar desde el sur agitando las ramas de los árboles y arrancando silbidos horrorosos de entre sus hojas.

La llovizna había cesado pero el remanente de agua en las hojas continuaba cayendo disimulando su ausencia y los helechos y matorrales del bosque parecían zozobrar batidos por el viento.

Algo como un trueno sonó.

¿Fue un trueno?

Algo parecido. Un gran estallido.

Sin perder tiempo Franco de Altiva, salió de su improvisado refugio, con la espada desenfundada en su diestra y la faltriquera con los polvos en la siniestra.

Corrió en dirección a la escalera y de un salto estuvo en el quinto escalón.

El tiempo con que según el antiguo grimorio contaba, no dejaba espacio

para más dilaciones o contemplaciones abstractas.

Puso una rodilla en tierra y sacando de la faltriquera un fino polvo negro comenzo a trazar un complicado simbolo arcano.

Cuando hubo concluido el sigilo, susurro "Claudendo aperto".

Y eso fue todo.

No hubo estallidos, ni los cielos se abrieron por la victoria del Bien sobre el Mal, solo el silencio sobrenatural del bosque que parecía haberse sumido en un letargo definitivo. Pero ¿acaso Franco de Altiva esperaba que ocurriera algo de esa índole?. En ese momento pensó que si, que algo extraordinario sucediera, al menos que él sintiera en su propio interior un sosiego, una satisfacción, pero nada de ello ocurrió.

Confuso y algo decepcionado bajo los escalones, enfundó la espada y miró hacia la espesura oscura del bosque.

Emprendió la vuelta con una sensación extraña siguiéndole de cerca.

La mañana no mejoró el clima.

Los chubascos se alternaban con una llovizna desgastante y el trajinar de Franco de Altiva por lo más antiguo y profundo del bosque, se hacía lento y accidentado.

Pero aquello no era lo que más preocupaba al tuc.

Una hora después de salir del claro del bosque, luego de su emboscada y ya retomando el camino de vuelta, sintió la firme certeza de que estaba siendo observado.

No podía tratarse de la Diabla. Ella no podía aventurarse a plena luz del día y menos aún cuando había cerrado para siempre la entrada a su refugio.

Un intempestivo chubasco le obligó a tomar resguardo en la concavidad de una gran roca gris que halló oculta entre helechos y enredaderas . Apenas le albergaba, pero al menos allí, podría estar por un tiempo un poco más a resguardo de la lluvia y el viento.

Un centenario olmo seco y carcomido por el tiempo fue abatido por el viento, cayó de lado con la solemne morosidad inherente a su edad y

arrastró en su camino al polvo, a varios ejemplares más jóvenes.

Franco, completamente mojado y aterido de frío, sacó un trozo de cecina de su macuto y la mordisqueó.

El sabor salado impactó directamente en sus glándulas salivales, hasta que las papilas gustativas se acostumbraron a su sabor familiar y con un tirón de sus dientes, arrancó un bocado y lo mastico concienzudamente antes de tragarlo.

Quieto, escuchando alerta los sonidos del bosque, Franco de Altiva, podía sentir desde un lugar desconocido de su interior, lo que sus ojos se negaban a mostrarle.

Una presencia, allí, tras la cortina resplandeciente de la lluvia apenas a unos metros, algo estaba, pero él no podía verlo ya que aquello tenía la misma textura visual que un presentimiento.

No era inimaginable que el engendro tuviera servidores que cuidaran su guarida en las horas diurnas. O peor aún, todo el bosque servía a la Diabla que ahora encerrada para siempre trataba de darle caza.

Desenfundo su espada y apresto sus músculos para la acción, sin embargo los minutos pasaron y nada ocurrió, nada amenazaba interrumpir la caída de la inexorable lluvia.

Más relajado, hizo un hueco con sus manos y recogió el agua que caía abundante de las hojas de los enormes helechos. Bebió copiosamente y aquello le pareció la mejor de las bebidas.

“¿Que me ha traído hasta aquí?”

Esa pregunta, le llevó hasta la soledad de su castillo, pues ya nada de sus afectos quedaba vivo entre sus murallas y su mente recordó la enorme cantidad de sangre llenándolo todo, las heridas, la piel blanca de su esposa desgarrada, sus hijos... y aquellos recuerdos lo sumieron en la misma locura que lo había abordado tras el hallazgo de sus amores entregados a la muerte.

Un estado repentino de confusión y enajenación hizo acopio de su mente, allí en el escueto refugio de la roca, en aquel bosque maldito, Franco de Altiva desenfundó repentinamente su espada y saltó a la intemperie.

-Mostraos impíos!- gritó.

Algo pareció opacar la persistente cortina de agua, como un borrón fugaz o como una formación alucinada por su enfebrecida mente y la espada de

Franco se hundió en la nada.

-Mostraos!!- volvió a gritar.

Un trueno demasiado cercano, hizo temblar la foresta y aquello pareció desatar un contenido paroxismo en el hombre que en un tris de alucinada razón, comprendió que lo que lo había llevado allí, no era la venganza, no claro que no. Era otra cosa, más oscura y profunda.

Rió frenético ya presa de un impulso alienado que lo empujaba a correr sin destino por aquel sombrío bosque, lejos ya de diques como el dolor o la prudencia daba estocadas a invisibles enemigos, cortaba matorrales que se le antojaban astadas cabezas y reía, reía poseído por la locura.

Cuando Franco tomó nuevamente conciencia y gobierno de sus actos, no sabía dónde estaba.

Podría haber estado corriendo en círculos a través del inmenso bosque o rumbo a cualquiera de los puntos cardinales que nada marcaría la diferencia del monótono entorno arbóreo.

La lluvia había cesado, pero el cielo seguía cubierto de espesas nubes negras.

La penumbra dominante en el bosque privaba al hombre de algún indicio que le proporcione alguna información de donde se encontraba efectivamente.

Hizo un resumen de su situación, sintiendo que la desesperación comenzaba a susurrarle consejos desgraciados al oído.

El macuto, con su comida, su ropa y la mayoría de sus pertenencias habían quedado en aquel hueco de la roca, lejano en el tiempo y perdido para siempre en la distancia.

El hombre comenzó a susurrar para sí mismo, en un intento de ordenar sus pensamientos.

-Vamos a ver... vamos a ver... Pronto caerá la noche... O eso creo...-

Miro el cielo, pero no vio signo alguno de cuánto faltaba para la llegada de la noche. Aún había claridad.

-Debo buscar un refugio-

Palpo el cinto y encontró la faltriquera con los polvos de cierre, también tenía la yesca y el pedernal en otra cartuchera encerada y su bolsa con el dinero también había sobrevivido a la impensada vesania que le había sobrecogido inesperadamente.

Su espada había quedado abandonada a unos metros de donde había recuperado la razón, fue hasta ella y la enfundó con un movimiento automatizado por el tiempo. Luego comenzó a caminar guiándose por el musgo de los árboles para asegurarse de que siempre iría en la misma dirección.

Tarde o temprano, aquel bosque maldito terminaría.

Dos horas después, Franco estaba además de traspasado de frío, cansado y la desesperanza ya empezaba a tejer destinos siniestros en la mente del hombre.

Sus labios se movían involuntariamente y con los brazos rodeó su torso en un intento de retener el calor que huía rápidamente de su cuerpo.

Encontró el refugio cuando la noche comenzaba a extenderse por el bosque.

Sin darse cuenta a causa de la cerrazón, casi había tropesado con un acantilado que le cerraba el paso, empujándose alto y negro por sobre el suelo del bosque y en esa pared vertical había un gran hueco.

Por lo poco que podía ver Franco, aquel lugar era una enorme boca negra abierta en la sólida roca del acantilado, pero lo más importante fue comprobar que su interior estaba seco cuando temeroso y con espada en mano se introdujo en las oscuras profundidades de la caverna.

A tientas y como pudo, buscó por el suelo pedregoso, ramas o algo para encender un fuego.

Necesitaba recuperar calor urgentemente.

Pronto dio con un arbusto seco y luego con un pequeño arbolito que había muerto entre la aridez de las rocas.

Apilando las ramas más chicas y las hojas secas del arbusto, sacó la yesca tratando de que su propia humedad y la de sus ropas, no la afectara y luego comenzó a chasquear el pedernal vigorosamente hasta que las chispas brillantes la encendieron brevemente.

A poco, tuvo un incipiente fuego que le llenó de esperanza.

Miró a su alrededor y pudo ver varios arbolitos secos, que la caverna era alta y que no se internaba mucho en la roca del acantilado.

Usó su espada a modo de machete para hacer leña de los arbolitos más cercanos y fue alimentando el fuego hasta sentir el calor de las llamas entibiar su cuerpo.

Estuvo acucillado frente al fuego un buen rato, solo mirando las llamas y acercando sus manos al fuego para sentir su calor.

Ahora con más luz, pudo examinar más a gusto la caverna y se dio cuenta que había bastante leña como para pasar la noche al cobijo del fuego.

Su situación había cambiado para bien y Franco sonrió satisfecho.

Desató su capa de barragan negro, su chaqueton, su gambesón, sus leotardos de lana y dispuso las prendas empapadas en las cercanías del fuego para que se secaran.

Vestido solamente con una camisa de lana fina y sus calzas, Franco comenzó a recolectar toda la leña posible que encontró en la caverna y la fue apilando cerca del fuego que crepitaba vivificante en medio de la oscuridad que le rodeaba.

Afuera de la caverna, la tormenta parecía llegar a su punto más alto y los relámpagos revelaban periódicamente formas ominosas en la espesura del bosque, sombras de árboles, rocas, arbustos que en la mente de Franco se proyectaban como amenazas expectantes.

Aquel sentimiento de estar siendo observado no había desaparecido. No obstante, el cansancio y las peripecias ocurridas en las horas anteriores pronto pasaron factura al hombre que sin proponérselo y sin darse cuenta se quedó dormido junto al fuego con la mano derecha aferrando su espada.

Despertó por la mañana con la firme convicción de que había soñado, pero nada quedaba en su memoria de aquel sueño y solo en un futuro lejano su evasivo contenido tendría para él, una revelación sorprendente.

La ropa se había secado y el fuego había durado toda la noche. Solo despertó un par de veces cuando el frío le indicó que su intensidad había disminuido y Franco se había apresurado a alimentar el fuego para proseguir con su descanso.

Había escampado y aunque el cielo seguía cubierto por altas nubes grises, parecía que lo peor de la tormenta ya había pasado y que tal vez,

restaban un par de días de lluvias esporádicas.

Cuando Franco de Altiva ya vestido, salió de la caverna que le había servido de cobijo, estaba bastante claro y a pesar de que el hambre le atenazaba el estómago, se sintió optimista.

Y motivos no le faltaban, ya que ahora, a la luz del día podía ver que aquel acantilado de granito era el límite septentrional del bosque y que solo debía seguirlo hacia el este para salir al campo llano.

Quizá uno o dos días de marcha, tres a lo mucho, lo depositarían fuera y lejos de aquel bosque inmenso.

Cuando Franco de Altiva vio la pequeña granja en la linde del bosque supo que lo había logrado.

Una chimenea humeante delataba la presencia de humanos y el tuc sintió que su estómago retomaba los insistentes reclamos con que lo había torturado los últimos dos días.

Recién amanecía pero a medida que se acercaba a la granja, Franco de Altiva se percató de que la actividad cotidiana había comenzado hacía rato.

Lo primero que vio fue a un jovencito de unos 12 años salir de un pequeño establo, adosado a la casa principal, llevando un cubo.

Cuando el joven le vio, apresuró el paso y se adentro en la casa.

No pasó ni un minuto siquiera cuando de la casa salió un hombre maduro, de barba poblada, fornido y con una hoz en la mano.

Detrás de él asomaban tímidamente una mujer joven, una niña y el jovencito que el tuc había visto en primer término.

Franco de Altiva se detuvo a unos 50 metros de la casa y extendió ambas manos mostrando sus palmas, luego desabrochó la espada de su cinto y la dejó en un tocón, como marcaba la tradición de la hospitalidad.

Un minuto después el hombre de la casa le hizo señas de que se acercara.

Mientras se aproximaba, Franco, pergeño una excusa que justificara su presencia en el bosque pues revelar la verdadera causa haría que esas

gentes simples se tornaran recelosas.

-Bien hallado- dijo Franco cuando estuvo a unos metros del hombre.

-Bienvenido- dijo el hombre con voz grave y neutra- ¿Quién eres y qué buscas?

-Franco de Altiva. Algo de alimento y un lugar de reposo-

-Lejos estáis de vuestra provincia, Franco- la mujer joven que estaba detrás del hombre se acercó al hombre y le susurro algo que Franco no logró escuchar. Luego el hombre dijo.

-Comeréis, descansareis y luego os marchareis. Nada bueno viene del bosque. No queremos siquiera saber que os llevo a estar en ese lugar maldito.

Algo sorprendido por la actitud del granjero, Franco respondió.

-Nada mas pido buen hombre. Que las Altas Esferas os señalen como favorito- dijo Franco mientras inclinaba la cabeza.

El hombre gruñó y luego dio algunas órdenes a los demás integrantes de su familia que se dispersaron rápidamente. Luego dirigiéndose a Franco.

-Dormireis en el establo y no entraréis en la casa. Pronto os llevaran comida. No habéis con mis parientes-

-Agradezco vuestra hospitalidad- Franco tomó su faltriquera con el oro - Dejadme compensaros por las molestias...

-No- dijo el hombre- La hospitalidad no se paga.

Por supuesto que no, pagar da derechos y era bastante obvio que aquel hombre tenía muy en claro cómo proteger a su familia de extraños.

No era particularmente extraño que el granjero ni siquiera le dijera su nombre, ni tampoco que su trato hacia él fuera brusco y árido.

Franco, recordó a sus propios vasallos. Muchos de ellos tenían un pasado que preferían ocultar y eso los hacía recelosos ante los extraños. La dura vida rural era el precio que muchos criminales no tenían reparo en pagar para lograr un anonimato y una segunda oportunidad.

El establo que el granjero le había asignado era pequeño y rústico, pero tenía paja seca acumulada en un montón que le permitiría improvisar un

cómodo lecho.

La única cabra que lo habitaba, le miró pasivamente mientras rumiaba y Franco recogió un poco de paja y la acomodó en la esquina más oscura del escueto establo.

Estaba en eso, armar un improvisado lecho, cuando el joven que había visto al llegar abrió brevemente la puerta del establo y dejó en el piso un plato con humeante comida y una jarra.

Franco se acercó lentamente a la comida, y tomó el plato y la jarra. El jovencito lo miraba curioso y Franco estuvo a punto de hablarle, pero recordó lo que el hombre le había ordenado y no dijo palabra.

Liebre hecha en estofado con papas, una hogaza abundante de pan y una jarra con agua.

La porción era generosa y se notaba el buen oficio de la cocinera.

Probablemente era parte de las sobras de la cena de la noche anterior y formaban parte del almuerzo de hoy, pero estaba caliente y sabroso.

El tuc devoró todo ante la mirada curiosa del jovencito, pero bastó con que Franco le dijera un simple gracias, para que escapara como alma que le llevara el demonio.

Después de comer y satisfecho, Franco se sumió en una modorra que pronto se convirtió en un profundo sueño.

La tarde caía.

Los colores brillantes declinaban hacia los pasteles y el cielo despejado se sumía en un terciopelo anaranjado con suave degradado al púrpura.

El bosque en la distancia se transformaba lentamente en una ominosa barrera negra y silenciosa.

Cuando Franco despertó, la luz había desaparecido llevándose con ella los colores y todo estaba sumido al igualitario dominio de la oscuridad.

Lo primero que sintió, fue esa insistente sensación de estar siendo observado.

Busco instintivamente su espada pero recordó que la había dejado en el

tocón a unos 50 metros de la casa.

Busco algo con que defenderse pues era evidente que algo lo acechaba aunque no pudiera verlo, pero no podía enfocar bien su mirada.

La luz proveniente de la casa principal se colaba por las rendijas que dejaban las tablas emparejadas rudimentariamente del establo proyectando líneas sinuosas contra los objetos del interior.

Encontró un pequeño trinche para acumular paja y se hizo con él, esperando expectante algún ataque.

Todo estaba en silencio y sin embargo algo le hizo erizar la piel de la nuca.

Miro a través de un rendija entre dos tablas hacia la noche que se acercaba sin descubrir nada que le llamara la atención, pero algo no cuadraba, pues la vista le devolvía un escenario deforme, fragmentado y parcial del entorno.

Entonces, recién entonces y tal vez por la oscuridad, se dio cuenta que algo estaba endemoniadamente mal.